

el Periódico Domingo, 3 de mayo de 1998



José Agustín Goytisolo
Escritor.

Ejecuciones públicas

Puede servir una gran explanada, una plaza pública, un estadio deportivo o la enorme escalinata de algún templo o palacio. La cuestión reside en saber calcular el número de personas que desean asistir, con entusiasmo, al espectáculo de un degüello, de una muerte en la horca, de un fusilamiento floreado o el apedreamiento de mujeres y hombres condenados a muerte. Antes, en épocas no tan lejanas, el catolicismo ofrecía muertes y torturas de herejes o pecadores, espectáculos que la Inquisición escenificaba gratis para gozo y escarmiento de los espectadores. Los protestantes se daban a prácticas semejantes: recuérdense *Las brujas de Salem*, la muerte muy habitual en la horca de los patibularios, y no sólo los del *far west*, y las muy cercanas quemas indiscriminadas de negros efectuadas por el KKK.

Hoy en día este tipo de ejecuciones y también de mutilaciones —ojo por ojo, diente por diente— se siguen practicando en diversos países del Islam: Arabia Saudí, Sudán, Afganistán, Irán... El éxito está asegurado: presenciar el ahorcamiento de dos adúlteros, la lapidación de una pecadora, la amputación de un brazo a un ladrón, todo entre rezos y cánticos. Esto es tan macabro como la televisión de EEUU filmando a los reos en el corredor de la muerte.